

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El Socialismo

¿YO SOCIALISTA?

No me vuelvas a insinuar semejante barbaridad. Ya he sido socialista durante cuatro meses y tengo bastante para saber que el socialismo es una farsa criminal, un despotismo inaguantable, una injusticia por sistema, una explotación de las miserias de los obreros, y una impiedad.

¡Oh socialismo! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¡A cuántos haces desgraciado!

No tengo necesidad de recordarte «las conversaciones» violentas, incultas y blasfemas en nuestros centros obreros. Y por desgracia confieso que ya me iba yo también acostumbrando a ellas. Palabras groseras, continuos insultos a los burgueses, calumnias y horrores contra los curas y frailes sin tón ni sán, sólo por ser curas y frailes. ¿Te parece a ti eso racional y decoroso?

SUS PERIODICOS, AMIGOS Y JEFES

Y ¿recuerdas qué «periódicos» eran los nuestros? ¿No recuerdas «La Lucha de Clases», «El Ruido», «Tierra y Libertad», «El Radical»... con sus perpetuas y trilladas gracias insolentes, caricaturas de frailes y curas e injurias descoartadas, en estilo de taberna?

Y ¿recuerdas qué «amigos» encontrábamos en aquellas reuniones? Eso de tener que alternar en el mismo local con tantas mujeres sin vergüenza y hombres sin dignidad, no es para mí.

¿Quieres que hablemos de nuestros «jefes»? Baste un poco la voz. Sabes que vida llevan? Sabes que historias tienen?...

SUS MITINES

Ya has estado en algunos «mitines» ¿Y no has visto con qué ruedas de molino nos querían hacer comulgar? ¿Recuerdas qué frases tan gruesas formaban el repertorio de los que peroraban? ¿y cómo siempre decían lo mismo? «¡La vía negra de la revolución! ¡las ideas redentoras! ¡el porvenir del proletariado! ¡el Capitalismo sin entrañas! ¡las hogueras de la Inquisición! y otras frases gordas que los más ni entendían ni hilaban, pero aplaudían como tontos.

SUS HUELGAS

¡Mas ojalá fuesen sólo palabras! Pero ahí están las obras malditas del socialismo, y basta recordar las últimas «huelgas» de estos años.

¿Por qué las hemos hecho muchas veces? Pues porque el amo había despedido a un obrero asociado que era un holgazán o un canalla, o porque había admitido a otro no asociado que era un buen industrial y buen padre de familia. ¿Es que no tiene el amo libertad para admitir a sus obreros y despedirlos?

¿Y acaso nuestras huelgas son muchas veces otra cosa que revoluciones sangrientas?

Recuerda los asesinatos que se han cometido en nombre del socialismo! Recuerda la semana sangrienta de Barcelona: Recuerda tantos alborotos y motines regados de sangre! ¡Recuerda los vergonzosos asesinatos de Cullera, los incendios de conventos! los bailes con cadáveres! tantas fábricas paradas; tantos talleres y hornos deshechos; tantos trenes cortados; tantos almacenes y tiendas saqueadas; tantos hombres y señoras sin motivo ninguno atropellado!

¿CRUELES!

Y ¡si sólo a los burgueses hubiéramos hecho mal! ¿Pero qué cosas no hemos hecho a los mismos obreros, nuestros compañeros, sólo porque no eran de nuestra idea? Y al que no quería ser socialista le insultábamos, le maltratábamos, le amenazábamos, intimidábamos a sus mujeres, pellizcábamos y asustábamos a sus hijos... Y ¡ay de él en tiempos de huelga! ¡Iba el infeliz con su herramienta al trabajo, porque necesitaba ganar pan para su mujer y sus hijos; bárbaros y bárbaras le salían al paso, le colaban de insultos, quitábanle la herramienta; apaleábanle... y sólo cuando la guardia venía a defenderle lo dejaban pero maltrecho... ¡orueles!

Y si el obrero oírte esquivaba el encuentro o no salía del taller, entonces los compañeros socialistas iban a casa de su mujer, alborotaban la vecindad, amenazaban a la infeliz, hacían leer a los hijos, proferían las más terribles amenazas si no hacían que su marido cesase en el tra-

bajo. «¡Si tu marido trabaja, tú y tus hijos veréis lo que es bueno!...» Y en efecto: para que empezasen a verlo comenzaban a romper cacharros, a trastornar muebles, arrastrar a la mujer a que viniese a apuntar a su marido en la sociedad de resistencia y si ella se resistía, la maltrataban, y si en la casa veían algún cuadro de religión o de santos, sacrilegamente lo destrozaban en nombre de la libertad!

Y ¿por qué no ha de poder trabajar el que quiere trabajar? ¿Así se redime al obrero? ¿matando al obrero? ¿apaleando al obrero? ¿haciendo perder el sueldo y el pan al obrero? rompiendo y echando por la ventana a la calle el pobre sujar del obrero? ¿intimidando a la pobre mujer y a los niños del obrero?

Y luego ¿por qué el socialista ha de tener ese odio a la patria y a la religión católica? ¿Qué nos ha hecho la patria y la religión católica a los obreros sino beneficios? ¿qué nos ha dado sino protección y cariño? Y lo primero que me exigen los socialistas es que no me arrime a la iglesia, que no trate con curas, que no deje ni a mi mujer ni a mis hijos acercarse a la iglesia, que quite de mi casa el Cristo que me dió mi madre, el cuadro de la Virgen que trajo mi mujer, la imagen de San José ante la cual hemos rezado todas las noches... ¿Qué tiene que ver eso con el socialismo? ¿No puedo yo ser un buen obrero, siendo un buen católico? Porque ellos no creen ¿no he de creer yo?

Y ¡mira! te voy a decir «la infamia de las infamias», la que más horror y repugnancia me dió en mi breve historia socialista. Porque cuando ya se figuró que yo estaba seguro en el socialismo, un secretario o no sé qué, que hacía tiempo me venía espiando se me acerca un día, lo recuerdo muy bien, era Navidad, y me toma aparte y me saca un papel y me dice: Antonio.— ¿Qué ocurre? dije yo.— ¿Quieres usted firmarme una cosa?— Usted dirá compadre, le dije.— Y va y me saca una hoja, y leo, y yo lo ví bien al principio, y lo volví a leer y me encuentro con un impreso en que se decía que yo me comprometía a no bautizar a mis

hijos en adelante, y otra hoja en que decía que desde entonces y en pleno juicio de mis facultades declaraba que en la hora de mi última enfermedad no quería que me viniese ningún ministro de ninguna religión, sino que yo quería morir sin religión ninguna y que después me hiciesen enterrar civil... Mira senti que se me subía toda la sangre a la cabeza, estuve dudando si acogerlo, si hacerle comer aquel papel, si darle un bastonazo. Me contuve y sólo le dije estas palabras:

«¡Ciudadano! Usted no sabe con quien trata! ni ahora ni nunca ¿entiende usted? firmaré yo ningún papel que me quite la libertad de hacer lo que me da la gana. En cuanto a no bautizar a mis chicos > los bautizo porque me da la gana, y no soy como usted que ni tiene hijo, y está separado de su mujer. Y en cuanto a morir moriré como me dé la gana y con la religión que me dé la gana entonces, y le aseguro que me dará la gana morir como cristiano, y no como perro, y con el santo Viatron y no con ese papelejo que usted trae.»

Le miré de arriba abajo despacio y le obligué a bajar los ojos, y a decir: ¡Usted dispensa! y le respondí: dispensado, pero no me vuelva usted a venir a cobrar la cuota porque ahora mismo me voy a borrar de la lista de ustedes, que son verdaderos parias de unos cuantos demonios que los esclavizan. Y me borré de la lista y no he vuelto más.

¿Yo volver? ¿yo volver a ser socialista?... ¡Qué horror! Antes me matan.

R. S. J.

El puño de simiente

Llevo la sembradora de simiente; tomo un puño de grano, y poniendo la mano extendida a la altura de la frente, a los granos de trigo, con sincera emoción, así les digo: «Vais a ser en el surco derramados; luego de los arados el agitado hierro, rajando por mitad el duro cerro, no dejará en el hoyo sepultados. Bien podéis estar ciertos que enterrados seréis, pero no muertos»

Quien esclonde del sol la viva llama y en los campos derrama la lluvia bendecida, os dará nueva vida.